

Richard Nixon en el escenario de los grandes líderes mundiales

NUÑO AGUIRRE DE CÁRCER

Es corriente que, en la historia, la vida y obra de un líder quede finalmente reflejada y sintetizada en un nombre, un lugar geográfico, una batalla, una frase. A veces se trata de un hecho célebre, heroico (Napoleón en Austerlitz, Nelson en Trafalgar); otras, de un desastre definitivo (Napoleón en Santa Elena, Napoleón III en Sedán). Nunca se hace justicia de esta manera, pero resulta difícil vencer el impacto imaginativo de tal proceder en la opinión pública. Nixon es uno de estos casos recientes. Queriendo hacerle un favor, la famosa embajadora Clara B. Luce le dijo un día: "Se acordarán de ti diciendo 'fue a China'", pues efectivamente contribuyó así a evitar la formación de un inmenso e imbatible imperio comunista ruso-chino. Cuando más adelante Nixon sufrió los embates del "Watergate", él mismo resumió su epitafio: "Dimitió de la Presidencia de los Estados Unidos". Hubiese sido manifiestamente injusto que su recuerdo quedase enmarcado, tras su desaparición, por ese deplorable incidente que ha supuesto un hito en la historia reciente de la práctica constitucional y de la

Hubiese sido manifiestamente injusto que su recuerdo quedase enmarcado, tras su desaparición, por ese deplorable incidente que ha supuesto un hito en la historia reciente de la práctica constitucional y de la prensa de investigación en los Estados Unidos.»

prensa de investigación en los Estados Unidos. Por ello todos los comentaristas no guiados por prejuicios ideológicos han puesto de relieve tanto sus cualidades humanas como su papel positivo en la búsqueda de la distensión y de la paz internacional. Pero es que además de su resurrección política al alcanzar la presidencia de Estados Unidos en 1968, Nixon nos ha dejado traslucir su personalidad y sus reflexiones a través de una serie de libros de memorias (principalmente las suyas, los "*Nixon papers*" de su presidencia, más los dos tomos de las *Memorias de Kissinger* y la última "*Summa diplomática*". Publicada por este último bajo el sencillo título de *Diplomacy*. De la bibliografía nixoniana hemos escogido una obra de 1982 que amablemente me envió a la Embajada en Washington en la Navidad de ese año, en que hacía 26 que nos habíamos encontrado por primera vez, cuando la instauración de la República Islámica de Pakistán había reunido en la antigua capital, Karachi, a un plantel de hombres de estado de entre los que destacaré a Chu-en-Lai y a Miko-

yan. Se titula "Leaders". Además de reflexiones sobre el liderazgo en política, pasa revista a algunos de los que se encontraron en su propio camino: Winston Churchill, De Gaulle, MacArthur, Adenauer, Kruschov, Chu-en-Lai, etc. He escogido el tratamiento que hace de algunos de estos personajes como hilo conductor de mi presente comentario.

En el capítulo de *Líderes* dedicado a Charles De Gaulle, en que la admiración y el respeto mutuos son las notas dominantes, Nixon refiere —para el público americano— dos de los chistes de Churchill sobre el jefe de la Francia libre durante la guerra. Es sólo como contrapunto a su largo ditirambo, inusitado entre los políticos americanos de la época, desde Roosevelt a Kennedy, pasando por el Embajador en París, Charles ("Chip") Bohlen. Nixon se encuentra por primera vez con De Gaulle en Washington, en 1960, dos años después de la vuelta de éste al poder y poco antes de la elección presidencial americana, por la que se interesa mucho el Jefe del Estado francés. Aunque ostensiblemente no tomaba partido, De Gaulle le aconsejó a Nixon "que hiciera campaña por una nueva América", lo que el Vicepresidente no podía hacer por ser fiel al Presidente saliente, Eisenhower, que por dos veces le había tenido como segundo de a bordo de la Administración. Kennedy jugó la carta del cambio y de la juventud... y ganó. La siguiente derrota en 1962 en el gobierno de California no enfrió las relaciones entre ambos y De Gaulle no dejó de invitarle al Elíseo cada vez que el americano pasaba, aunque fuese como turista, por París. Brindó incluso por "el mayor papel que le esperaba en la política americana, hasta un máximo nivel", profecía que se realizaría pocos años más tarde al alcanzar la Presidencia en 1968, lo que les permitió cerrar la brecha abierta entre los dos países desde la presidencia de Kennedy.

«En el Tete-á-Tete De Gaulle-Nixon, el primero le urgió poner fin a la guerra de Vietnam, lo antes posible, pero de forma ordenada, planeada, no precipitada, lo que aumentaría sin duda el prestigio y la confianza mundial en los Estados Unidos.»

Tras una visita de Estado a París en febrero de 1969, con toda la pompa versallesca de que era capaz De Gaulle, volvieron a encontrarse en Washington para los funerales de Eisenhower fallecido el 28 de marzo siguiente. Como Director General de política estuve presente en las ceremonias fúnebres y en algunas de las reuniones políticas a las que aquéllas sirvieron de marco. En el *Tete-á-Tete* De Gaulle-Nixon el primero le urgió poner fin a la guerra de Vietnam lo antes posible, pero de forma ordenada, planeada, no precipitada, lo que aumentaría sin duda el prestigio y la confianza mundial en los Estados Unidos. Nixon le confió que había ya unos primeros contactos secretos con los ñor-vietnamitas, a los que habían de seguir las visitas secretas de Kissinger a París que cuatro años más tarde culminarían en las negociaciones formales, el Acuerdo de Paz de París y el fin de la presencia norteamericana en Vietnam. Se abordó luego la evolución de Alemania. De Gaulle recelaba de un acuerdo germano-británico para la producción de uranio enriquecido por ultracentrifugación, porque, dada la capacidad tecnológica e industrial de los alemanes, esto pudiera ser un paso para la producción de armas nucleares. "Los alemanes no deberán nunca poseer armas nucleares propias. Los franceses nunca lo aceptarán", exclamó De Gaulle, quien reafirmó su deseo de acercamiento y cooperación comenzados con Adenauer, con la debida cautela. El otro gran tema se refería a la Unión Soviética. Pensemos que Kissinger y Sonnenfeldt estaban ya en el "bunker" de la Casa Blanca, donde les visité junto a mi colaborador Jaime Ojeda, nuestro actual Embajador en Washington. Nixon no había ido aún a Moscú ni conocía personalmente a los líderes soviéticos, de los que De Gaulle le hizo el siguiente retrato instantáneo: "Podgorny, anciano sin el impulso ni el arrojo de Brezhnev,

amo indisputado del Kremlin; Kosygin, hombre habilidoso y trabajador, era más flexible que Brezhnev y mantuvo una postura más templada que sus colegas al tratarse de la invasión de Checoslovaquia tras la revuelta popular de 1968. Al margen de estas diferencias —consideradas como materia menor— estaban unidos en el objetivo de la construcción de la fuerza de la Unión Soviética. No buscaban la conquista en el sentido clásico de la palabra, sino en hacerla inexpugnable y no inferior a ninguna otra potencia, en particular los Estados Unidos". Al preguntarle Nixon si estimaba útil establecer contacto personal con ellos —lo que parecía esperar la opinión mundial—, De Gaulle respondió rotundo: "Sin duda alguna". Fue la última vez que se vieron. Tras la dimisión de De Gaulle al perder un referéndum "sobre una cuestión absurda", hubo un cambio de cartas manuscritas entre dos antiguos amigos. El 9 de noviembre de 1970 —habiendo realizado ya su viaje a España— muere De Gaulle, "cae en el fondo del bosque el roble talado", como diría Víctor Hugo. Nixon siguió el consejo de De Gaulle y sin duda menudearon sus encuentros con los sucesivos líderes soviéticos, empezando por el famoso "debate en la cocina" con Kruschov, en 1959, en que, al predecir el líder soviético que "mis hijos vivirán bajo el sistema comunista", Nixon le replicó: "sus nietos vivirán en un régimen de libertad". En la última de sus visitas a Moscú, en marzo pasado, Nixon fue el primer americano que habló ante la Duma. Vio a Rutskoi (¿candidato presidencial en 1996?) y animó a Occidente a ser "un participante más activo en los éxitos de Rusia, y no un mero observador pasivo de sus fracasos". Aunque naturalmente no figura en esa galería de retratos de líderes mundiales que conoció, es interesante recordar sus impresiones personales sobre Fidel Castro, tras un encuentro de tres horas en su despacho del Capitolio, el 18 de abril

«Nixon siguió el consejo de De Gaulle y sin duda menudearon sus encuentros con los sucesivos líderes soviéticos, empezando por el famoso "debate en la cocina" con Kruschov, en 1959.»

de 1959, durante una gira de conferencias por Estados Unidos poco después de haber derribado la dictadura de Batista. En el borrador de informe que redactó Nixon tras la entrevista le describe "nervioso y tenso", molesto porque su intervención en un programa clave de televisión ("Meet the Press") no le había salido tan bien como pensaba, a pesar del esfuerzo de hablar él en inglés. Yendo al grano, Nixon le dijo que aunque era comprensible que pasara cierto tiempo antes de celebrar elecciones, no le convenía tampoco hacer declaraciones categóricas contra las elecciones "lo hago —replicó— porque en el pasado siempre habían producido malos gobiernos", justificándose en que "sólo estaba siguiendo la voluntad del pueblo". Nixon reconoce no haberle hecho mucha impresión cuando le insistió en que "existen algunos derechos individuales que ninguna mayoría debe nunca tener el poder de destruir". Se pasó entonces a discutir sobre programas de desarrollo para el progreso económico, para los que "Cuba necesitaba inversiones gubernamentales, no capitales privados", según Castro. Nixon le señaló a este respecto el ejemplo del Gobernador de Puerto Rico,

Muñoz Marín, que había sabido atraer capital privado a la vez que elevar el bienestar de su pueblo. Castro rechazó ese modelo "porque el pueblo cubano lo consideraría como un paso para convertirse en colonia de los Estados Unidos".

En su calificación final Nixon encuentra elementos mezclados al juzgar a Castro, "que sin duda tiene esas cualidades indefinibles que hacen de él un líder de hombres". Sigue diciendo que "llegará a ser un gran factor en el desarrollo de Cuba y muy posiblemente en los asuntos latino-americanos en general". Termina: "Parece sincero: o bien es increíblemente ingenuo sobre el comunismo, o está bajo la disciplina comunista". Es curioso observar que, pocos meses después, a

mediados de septiembre de 1959, tuvo lugar el "grand tour" de Krushov por los Estados Unidos que despertó tanta expectación y deseo de paz.

Volvió a surgir dramáticamente la cuestión cubana cuando el enfrentamiento televisivo con Kennedy en la campaña electoral de

1960. El joven candidato demócrata, debidamente "preparado" sobre el tema

por el director de la CÍA Allen Dulles, propuso reforzar "las fuerzas anticastristas en el exilio, y en la propia Cuba, que ofrecen la esperanza de echar a Castro". Paradójicamente Nixon, para proteger precisamente a esos rebeldes, se vio obligado a atacar la propuesta imprudente de Kennedy, "peligrosamente irresponsable", en unos términos que fueron —¡que ironía!— aplaudidos por los columnistas "liberales" de la prensa norteamericana.

Perdió la elección Nixon, llegó el desastre de Bahía de Cochinos, y tuvo la satisfacción moral de que Kennedy le llamara en consulta a la Casa Blanca para preguntarle: "¿Qué es lo que haría Vd. ahora en Cuba?" La respuesta contundente de Nixon la debió sin duda de tener presente Kennedy cuando se enfrentó más tarde con la

«En su calificación final Nixon encuentra elementos mezclados al juzgar a Castro "que sin duda tiene esas cualidades indefinibles que hacen de él un líder de hombres",»

"crisis de los misiles", cuya solución costó evidentemente un precio importante a Estados Unidos: la "santuarización" de la isla, y la retirada de los misiles "Júpiter" de Italia, Grecia y Turquía. La muerte ha sorprendido a Nixon en pleno trabajo, corrigiendo las pruebas de su último libro, "Más allá de

la paz", en que vuelve, con espíritu crítico, al campo de la gran política mundial en que se ha movido siempre como pez en el agua y donde encontró en vida sus mejores triunfos. El título se lo sugirió posiblemente un intercambio dialéctico con Mao-Zedong, en 1976, seis meses antes del fallecimiento del líder chino a quien vio por primera vez cuatro años antes en Pekín. Mao le pregunta: "¿es la paz vuestro único objetivo?"

Nixon no se esperaba semejante pregunta y tras una pausa le contesta: "Deberíamos buscar la paz, con la justicia". Remata el libro con esta frase: "Si los Estados Unidos de América han de seguir siendo una gran nación, lo que necesitamos hoy es *una misión más allá de la paz*".

Ñuño Aguirre de Cárcer es embajador de España.